

### 3. Cómo vivieron los antiguos anabautistas

por Dionisio Byler — Agosto, 2008

[Tengo que empezar por disculparme por lo que puede parecer una manera caprichosa de pronunciar mal la palabra «anabautista». Hace décadas descubrí que los diccionarios y enciclopedias normales en la lengua castellana no traían esa forma de la palabra sino otras dos: «anabatista», que según el Diccionario de la Real Academia Española es locución arcaica, o sea que ha caído en desuso; y «anabaptista». Es bajo esta última forma de la palabra, que se encuentra el movimiento que nos interesa en los diccionarios enciclopédicos españoles. Me acostumbré, por tanto, a utilizar esta forma de la palabra, que entendía que era la «correcta». Entre tanto, sé que se ha ido extendiendo en nuestras comunidades la forma de la palabra que sustituye una «u» en lugar de la «p». Pero las viejas costumbres resultan difíciles de desarraigar y —pidiendo de antemano vuestro perdón— me resulta tan difícil cambiar a estas alturas de mi vida, que en esta conferencia y la próxima escribiré y pronunciaré de esta otra manera, esperando que sepáis entender «anabautista» donde yo pongo y pronuncio «anabaptista».]

#### **Continuidad con el mundo bíblico**

La historia de los inicios del movimiento anabaptista durante el siglo XVI es interesante y nos invita hoy a la reflexión sobre muchos aspectos de nuestra fe y vivencia. Como otros movimientos de renovación o incluso de refundación del cristianismo a lo largo de la historia, los anabaptistas tomaron su inspiración y modelo de vida directamente de los textos bíblicos, entendiendo que la iglesia sólo podía ser auténtica y verdadera, si encarnaba en su propio día la misma realidad que habían predicado y vivido Jesús y los apóstoles.

A pesar de los enormes obstáculos levantados por las iglesias mayoritarias, estatales, el mundo medieval de principios del siglo XVI en Europa, hacía posible una imitación más o menos mecánica de muchos detalles de la forma de vida que se puede observar en los personajes bíblicos. Como en la Galilea y Judea y Samaria que conoció Jesús, la mayoría de las personas vivían en un entorno fundamentalmente rural, donde lo que se conocía como ciudades eran casi siempre lo que hoy consideraríamos pueblos relativamente pequeños. La mayoría de la gente se dedicaba a la agricultura y ganadería y vivían en pequeñas aldeas en gran proximidad a las tierras que labraban.

La vida de la gente se guiaba por valores tradicionales y muy arraigados, que habían valido para sus antepasados desde hacía cientos y miles de años con muy poca variación. La hospitalidad, por ejemplo, era algo que se brindaba espontáneamente, entre otras cosas, porque la llegada de un viajante traía siempre noticias del mundo exterior. Sólo así se podía saber si había guerras o catástrofes naturales en otras partes, si en algún lugar del mundo se habían visto prodigios o portentos o novedades maravillosas. Quién sabe: conversando y conversando, quizá se descubriera que el viajante se había cruzado con algún conocido, quizá supiera algo sobre un miembro de la familia que se había marchado del lugar y con el que se había perdido el contacto.

Las formas tradicionales de religión, heredadas desde una muy remota antigüedad, traían consolación y esperanza en ritos a celebrar ante la muerte de un ser querido o el nacimiento de un bebé —o sencillamente como expresión de amor y devoción a Dios.

Los suizos y austríacos, alemanes y holandeses del siglo XVI —donde surgió el movimiento anabaptista— en muchos particulares eran bastante diferentes entre sí y diferentes todos ellos de los galileos y judíos y samaritanos de la época de Jesús. Con todo, sus vidas eran infinitamente más parecidas entre sí —y a lo que hubieran entendido como «normal» las personas que pueblan los relatos bíblicos— que a las vidas nuestras, en el siglo XXI. Especialmente diferentes son las vidas de todos los que vivimos en las ciudades modernas, con agua corriente y luz eléctrica, teléfono, radio y televisión; y donde tenemos al alcance alimentos y artículos de todo tipo, muy lejos de su lugar de producción o fabricación. La mayoría de las personas nos dedicamos hoy día a trabajos que sencillamente no existían hace un siglo; y lo hacemos con herramientas inventadas o perfeccionadas hace muy pocos años.

Bien es cierto que el invento de la imprenta había empezado a transformar radicalmente la vida de las personas. Sin ese invento es difícil que ni la Reforma Protestante ni la Reforma Radical de los anabaptistas se hubieran difundido tan rápidamente por toda Europa central. Ya era posible en aquella época escribir un folleto, mandarlo imprimir clandestinamente, a escondidas de las autoridades civiles y eclesiásticas, y repartirlo entre personas de confianza. Con la hoja impresa, las palabras de particulares carentes de influencia o poder político, con poca escuela ni formación teológica formal, podían inflamar el ánimo de grandes números de personas, con quienes uno jamás tendría trato personal. Merced a la imprenta empezaban a aparecer, también, traducciones de la Biblia a las lenguas populares de Europa. De repente los personajes de las historias bíblicas ya no hablaban latín o griego y hebreo, sino que hablaban «normal», como cualquier vecino de tu pueblo. De repente parecían personas reales y cercanas y sus vidas inspiraban de una manera mucho más directa la imitación, sus enseñanzas inspiraban de una manera mucho más directa la obediencia.

El movimiento anabaptista —mejor dicho, los muchos movimientos locales que llegaron a ser perseguidos bajo la antigua ley imperial que prohibía rebautizar a los ya bautizados— tuvo por eso un marcado sabor a imitación legalista del pasado. Un pasado que a nosotros nos tiene que parecer muy remoto, por lo mucho que han cambiado las cosas desde entonces, pero que en la Europa del siglo XVI les parecía próximo y perfectamente imitable, porque sus vidas no eran materialmente tan diferentes de las de los personajes bíblicos.

### **Discontinuidad de las iglesias estatales**

Lo que sí había cambiado —y mucho— era la Iglesia oficial, que más de un milenio antes, cuando todavía existía el antiguo Imperio Romano, había traicionado su compromiso con el cambio desde abajo, desde su identificación con esclavos y pobres, con trabajadores y trabajadoras que a duras penas conseguían sobrevivir y alimentar a sus hijos. El imperio había ofrecido a los obispos un acuerdo imposible de rehusar: el Emperador reconocería a Jesucristo como Rey de Reyes Señor de Señores, que gobierna sobre todo lo que existe, desde la divina majestad en el cielo. A cambio, los obispos debían reconocer que el Emperador gobernaba aquí abajo —en esta tierra— como delegado divinamente escogido por Jesucristo para garantizar la paz y el orden entre los seres humanos.

El cambio exigido de los gobernantes por este arreglo era muy mínimo. Antes tenían la consideración de dioses o hijos de dioses; o se sobreentendía que al morir serían admitidos entre los dioses del cielo —y en la tierra eran soberanos indiscutibles. Con el cristianismo renunciaban a ser adorados como dioses ni ahora ni después de muertos. En cambio, su poder y autoridad podían seguir siendo considerados indiscutibles aquí en la tierra y en esta vida.

Pero si el acuerdo entre Iglesia e Imperio había supuesto muy poco sacrificio para los emperadores, para la Iglesia supuso renunciar a algunos de los elementos más importantes de su manera de entender cómo Dios actúa en la historia humana. Las iglesias dejaron de ser pequeñas células de hermanas y hermanos que se apoyaban unos a otros en sus dificultades —en la dureza de sus vidas como pueblo llano oprimido. De repente, obligados por el gobierno, todo el mundo entró en la Iglesia. El resultado fue que el mundo y la Iglesia ahora eran exactamente la misma cosa. Y esa única cosa que era el mundo hecho Iglesia, tenía mucho de mundo y muy poco de seguimiento radical de Jesús. Antes ser miembro de la Iglesia había exigido fe y santidad; ahora exigía, ante todo, lealtad política.

Cristo era adorado como Señor de señores y Rey de reyes, sí, pero en la lejanía del cielo. Su humildad y las vejaciones y muerte que padeció en esta tierra debían inspirar a la gente a ser también humildes y mansos en su trato con el prójimo y especialmente en su trato con sus superiores sociales; pero la humillación de Jesús quedaba firmemente anclada al pasado. Jesús podía comprender la situación de los pobres y de los esclavos porque él también había tenido que sufrir. Sin embargo eso le había sucedido hacía muchísimo tiempo. Y desde entonces Jesucristo gobernaba desde la lejanía del cielo; y sus especiales colaboradores en el gobierno eran los papas y obispos y abades, los emperadores y reyes y príncipes de este siglo. Antes Jesús había sido humilde y había padecido humillaciones; pero ahora Cristo se entendía perfectamente con la nobleza altiva y orgullosa que regía la sociedad medieval con mano de hierro y dura servidumbre.

El acuerdo entre los obispos y el emperador, entonces, dejaba al Jesús sufriente y humillado muy distante de los pobres y los campesinos y los esclavos. Lejano en el tiempo, pero lejano especialmente en esencia, porque ahora Jesús era el colaborador indispensable para que los poderosos pudieran abusar de todo el mundo. Rebelarse contra ellos era rebelarse contra la pirámide de mando encabezada por Cristo y era por tanto pecado mortal.

Las traducciones de la Biblia a las lenguas populares y su amplia divulgación gracias a la imprenta, sin embargo, de repente acercaron a Jesús y a los apóstoles otra vez a los pobres, al campesinado oprimido y esclavizado bajo duro yugo de servidumbre. Cualquiera podía leer —o por lo menos escuchar leer— y entender en su propia lengua las palabras de Jesús y de los apóstoles. Y en cuanto esto sucedía la gente empezó a darse cuenta de que la religión que ellos conocían no tenía nada que ver con las buenas noticias de liberación, sanidad, salvación y santidad que habían proclamado Jesús y los apóstoles.

### **De la violencia inicial a la no violencia de Menno**

El resultado inicial fue una ola de violencia que amenazó con hundir en el caos toda Europa central. La primera gran oleada anabaptista fue violenta y sangrienta, salvo muy dignas excepciones. Las excepciones son lo que nos interesa porque a la larga, el único anabap-

tismo que consiguió sobrevivir fue el que abrazó radicalmente la figura de ese Jesús que ama y perdona a los enemigos, por muy salvajemente que los enemigos nos maltraten. Pero aunque nosotros hoy estemos convencidos de que los anabaptistas no violentos fueron los que más auténticamente comprendieron el mensaje de los evangelios, la realidad mayoritaria en los inicios del anabaptismo fue revolucionaria, violenta y sangrienta. Fue un alzamiento popular contra los obispos y príncipes que venían oprimiendo al pueblo brutalmente desde la era de los romanos.<sup>1</sup>

Ahora por fin era posible rebelarse y alzarse en revolución porque cuando el pueblo humilde consiguió escuchar en su propia lengua y leer con sus propios ojos las palabras de Jesús y los apóstoles, se dieron cuenta que aquello del derecho divino de los príncipes y obispos, reyes y abades y papas, era pura mentira que no tenía nada que ver con el evangelio ni con el amor a Dios y la santidad.

Ni Moisés ni Jesús habían mandado a los ricos explotar hasta reventar a los pobres, a los campesinos y a los esclavos, para dedicarse a la buena vida de lujos, orgías y disipación. Al contrario, Moisés y Jesús habían mandado compartirlo todo, ponerlo todo en común para beneficio de todos, acordarse de la viuda y del huérfano y del inmigrante y del anciano que ya no tenía fuerzas para las duras labores que le exigían los nobles. Es así como las palabras del evangelio fueron la chispa que hizo explotar el polvorín de rancios y hondos resentimientos que albergaban los campesinos contra sus opresores.

En la prédica de celotes anabaptistas como Hans Hut, del que se dice que en sólo dos años antes de morir mártir en 1527, rebautizó él solo a más anabaptistas que la suma de todos los demás, había un fuerte componente milenialista. Llegaba la hora —concretamente, el día de Pentecostés del año 1528— cuando regresaría Cristo para la batalla final del Apocalipsis. Entonces los santos de Dios vivirían en justicia y equidad. Sería un régimen de comunismo cristiano que duraría mil años. Porque según la palabra del evangelio, todos nosotros reinaríamos juntamente con Cristo, eliminando así todas las barreras de distinción y clase social y posesiones entre las personas.

Melchor Hoffman, en Estrasburgo en el año 1533, escribió una carta al Concejo de la ciudad explicando que el reino de Dios había llegado por fin y tendría su comienzo precisamente en Estrasburgo, después de una terrible matanza de hombres impíos. El Concejo respondió metiéndolo en la cárcel. Hoffman, que era un pacifista convencido, agradeció con emoción el arresto, puesto que con su arresto empezaban a cumplirse sus profecías. Murió en la cárcel 10 años más tarde. Hoffman por lo menos y al contrario que algunos, era —como decíamos— pacifista. Un discípulo de Melchor Hoffman bautizó a los hermanos Obbe y Dirk Phillips, que se cree que bautizaron a Menno Simons. Y Menno fue quien escribió y publicó numerosos escritos en defensa de una anabaptismo radicalmente no violento, contrario a los

---

<sup>1</sup> Es habitual en las iglesias menonitas o anabautistas reconocer la prioridad en el tiempo del bautismo celebrado en Zúrich, Suiza, en enero de 1525. Aquella primera célula anabaptista y especialmente la Confesión de Schleithem de 1527, consagraron la variante no violenta del anabaptismo suizo. No hace falta negar esto para observar que por lo general, sin embargo, el primer estallido anabaptista fue más bien militantemente milenialista y tuvo bastante que ver con los alzamientos de campesinos que asolaron Europa central por aquella época.

desvaríos milenialistas y militaristas de los primeros años del anabaptismo alemán y holandés.

Antes de aparecer Menno en escena, sin embargo, el «melchorismo» —por Melchor Hoffman— tuvo un último desenlace especialmente alocado y sanguinario en la ciudad de Münster en el norte de Alemania, en la frontera con Holanda. No hace falta que explique aquí y ahora lo que sucedió en Münster. Lo podéis encontrar en cualquier diccionario enciclopédico, bajo la palabra «anabaptismo» —con «p»—, puesto que de pura aberración escalofriante, de puro desenfreno de violencia, terror y fanatismo fundamentalista, ese episodio marcaría por toda la posteridad cómo los católicos y protestantes entenderían el anabaptismo. Hasta el día de hoy cualquier católico o protestante que sepa algo de historia de la Iglesia, si le mencionamos los anabaptistas, recordará antes que nada la terrible brutalidad fanática que asoló la ciudad de Münster con un arrebató de locura colectiva.

No en balde los anabaptistas rehuyeron de aplicarse a sí mismos ese término, el de anabaptistas, prefiriendo que se les conociera como «mennistas», «mennonistas» y por último «menonitas» —o mejor, sencillamente como «hermanos». Al «anabaptismo» no sólo se le seguía aplicando la antigua ley imperial contra rebautizadores que se había promulgado contra la herejía donatista del siglo IV, sino que ahora recaía sobre ese término, el justo rechazo de la violencia fundamentalista cometida en Münster. Mucho mejor identificarse con el gran apóstol del «evangelio indefenso», Menno, cuya interpretación sobria y estricta de las Escrituras se impuso entre los remanentes de aquella primera oleada violenta del anabaptismo. El ministerio de Menno dejó comunidades pacíficas y no violentas, de cristianos humildes que no aspiraban en ningún caso al poder terrenal sino tan solamente a vivir tranquilamente en santidad y amor mutuo. Lo único que pedían estos *mennistas* o *menonitas* —al estilo de Menno— era que no se les persiguiera por la osadía de querer seguir a Jesús fuera del marco institucional de las iglesias estatales.

### **El martirio como experiencia en común de todos los grupos anabaptistas**

¿Cómo vivían, entonces, aquellos primeros anabaptistas? Pues de muy diversas maneras, según el lugar y el momento; según la variedad de anabaptismo que se les había predicado; según practicaban la militancia terrorista del milenialismo fundamentalista o seguían, al contrario, la enseñanza del amor y la no violencia de Jesús que predicaron Menno y otros como él.

En algunos pocos lugares hallaron refugio y tranquilidad para labrar sus tierras y vivir en paz con sus vecinos. Si hacía falta, ponían en común todas sus posesiones; pero como mínimo compartían generosamente con los necesitados. Evangelizaban fogosamente, arriesgando la vida por predicar la salvación, el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados, y la buena noticia de este Jesús que se nos acercó tan humanamente y nos invitaba a seguirle en pobreza y humildad y santidad ejemplar. Aplicaban bastante mecánica y legalistamente —como ya hemos dicho— el ejemplo y la instrucción del Nuevo Testamento, que les resultaba perfectamente comprensible y aplicable puesto que las realidades sociales, materiales y tecnológicas en que vivían seguían siendo muy equiparables a aquel mundo bíblico.

Pero en las primeras décadas lo más típico no fue una manera concreta de vivir sino una manera concreta de morir. Porque en aquel siglo —el siglo XVI— ser anabaptista significaba,

ante todo, aceptar un destino de persecución, tortura y martirio por amor a Cristo. Los anabaptistas vivieron de maneras muy diferentes y con doctrinas muy variantes de lugar en lugar, según quién les había predicado el evangelio. Pero lo que es morir, sobre todos pesaba por igual la dura expectativa de persecución y martirio.

Entonces en los minutos que me quedan, quiero pensar no tanto en los detalles de la vivencia día a día de los anabaptistas, sino en qué es lo que hace que alguien esté dispuesto a dejarse torturar y matar —y aceptar con paz y con gozo interior la tortura y muerte de sus seres queridos— por amor a Cristo. ¿Qué pensaban, qué sentían, cómo razonaban, qué amor ardía en los corazones de esta gente que vivió sabiendo que seguir a Cristo podía costarles la vida?

Podemos hacernos una idea de esto por el esfuerzo monumental del anabaptista holandés Tieleman van Braght, que en 1660 publicó los resultados de su investigación detallada de la documentación de miles de mártires anabaptistas en el siglo XVI. Con el título de *El reflejo de los mártires*, es una obra de proporciones enciclopédicas.<sup>2</sup>

Empecemos, entonces, sencillamente **abriendo ese libro al azar**, entre los martirios del año 1530, cuando el movimiento anabaptista estaba tomando sus primeros pasos:

Hallamos así que un tal **Jorge Steinmetz** fue arrestado y decapitado en Portzen, Alemania. Antes de su ejecución pudo escribir la siguiente exhortación, que dejó para consolación de los creyentes:

«Te damos gracias sinceras, oh Dios, por tu fidelidad paterna. Nadie debe burlarse ni despreciar su gracia no sea que al final, cuando llegue la hora de su partida, lo pague caro. Oh Señor, ayúdanos y socórrenos por medio de Jesucristo.

»Dios ha llamado a muchos a su luz eterna. A éstos los visita con sufrimientos y dolor, como se ve muy bien en esta tierra. Porque parece ser que es necesario que seamos purificados por el fuego de la aflicción, ya que para entrar al reinado de Dios todos tienen que pasar muchas tribulaciones, purificándose de todo pecado y vicio. Porque el que así sigue a Cristo, va por buen camino. Cristo dice: “Yo soy el Camino y la Puerta, la Verdad y la Vida; entrad por mí. Frente a mí todavía queda un cerco. Tengo por delante la cruz que deberá cargar todo aquel que desea venir al Padre.” Por mi propia experiencia puedo contar y no miento, que la cruz aparenta pesar mucho más que lo que al final pesa. Esto espanta a muchos, como si fuera insoportable cargar con ella. Procuran pasar de largo y encontrar otro camino. Pero no podemos llegar a Dios si no soportamos el yugo de Dios. Porque todo aquel que pretende entrar al redil de otra manera que por la puerta, ese viene a robar y a matar y tendrá que sufrir la venganza de Dios —un dolor interminable.

»Cristo desea tener discípulos que le sigan hasta la cruz, siguiéndole en todos sus caminos como espero conseguirlo yo, llevando su yugo hasta el final. Pero quien no quiera llevar su cruz sino que permite que Satanás lo aparte y estorbe, que ponga atención a las palabras de

---

<sup>2</sup> La obra completa existe en ediciones en el holandés original y en traducciones al alemán y el inglés. Una breve selección de sus muchas páginas ha sido publicada en español: J.S. Oyer y R.S. Kreider, *Historias de inspiración y coraje: Espejo de los mártires* (Guatemala: CLARA-SEMILLA, 1997).

Cristo: “Por tanto a todo aquel que me confiesa ante los hombres, yo también lo confesaré ante mi Padre que está en el cielo. Pero a todo aquel que me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en el cielo.”

»Oh Dios, sostennos para tu alabanza y honor, que el amor no se enfríe en nosotros. Para ese fin, danos fortaleza, sabiduría y entendimiento, mediante tu Espíritu Santo que nos puede guiar a toda verdad para que nunca decaiga nuestro ánimo. Haznos valientes para permanecer firmes y avanzar por el camino estrecho. Que arriesgando la vida corporal, sepamos proceder mediante Cristo hacia el Padre.

»Alabado sea el Señor nuestro Dios, que nos llamó para ser sus siervos e hijos. A él levantaraemos alabanzas eternamente y para siempre, porque podemos lavar nuestra ropa en la sangre del Cordero. Y al final, tras esta breve muerte y aflicción, entrar juntamente con él al gozo eterno.»

La persecución no siempre mataba a los hermanos de uno en uno. A veces **toda una célula de cristianos anabaptistas** era apresada y conducida al patíbulo. En la misma página donde vienen las exhortaciones edificantes de Jorge Steinmetz, van Braght narra el siguiente episodio, acaecido en el año 1531:

«Ese año un tal Martín, de profesión pintor, ministro de la Palabra de Dios, y otros seis de la iglesia de Suabia [en lo que es hoy Alemania] fueron arrestados por la fe en la divina verdad. Al cabo de un juicio prolongado, les prometieron que si se retractaban, podrían volver con sus esposas e hijos sin ningún impedimento. Pero ellos respondieron sinceramente que no, sino que morirían gustosamente antes que retractarse. Después, habiendo pasado casi un año en la cárcel, los siete fueron condenados a muerte. Fueron llevados a la Casa Consistorial, donde les fueron leídos siete artículos de su doctrina.

»Cuando oyó leer el primer artículo, el hermano Wolfgang Eslinger declaró: “Cuando vosotros que hoy nos juzgáis tengáis que comparecer ante el juicio de Dios y presentaros delante de él, Dios sabrá bien quiénes sois.”

»Cuando oyó leer el tercer artículo el hermano Pain comentó: “Mancháis vuestras manos con nuestra sangre. Dios no os la perdonará sino que la demandará de vuestras manos.”

»Al leerse el cuarto artículo, el hermano Melchor dijo: “Hoy testificamos con nuestra sangre, que lo que mantenemos es la verdad.”

»Al leerse el quinto artículo, el hermano Wolfgang Eslinger exclamó: “Abandonad vuestros pecados e injusticia. Arrepentíos y Dios no os lo tendrá en cuenta.”

»Los siete fueron conducidos bajo guardia al lugar de la ejecución. Allí el hermano Martín y los demás se encomendaron a Dios su Señor, rogando que les concediera un final feliz y que cuidara de sus ovejas.

»Al llegar al campo, el siervo del molinero, un muchacho de unos dieciséis años, empezó a exhortar a todos los que estaban presentes, que abandonaran sus pecados y se volvieran a Dios, porque no hay otro camino al cielo que mediante nuestro Señor Jesucristo, que murió en la cruz y nos redimió. Cuando todo estaba dispuesto para la ejecución, se acercó al siervo un noble a caballo, que procuraba convencerle e imploraba, diciendo: “Hijo mío, abandona

tu error y retráctate. ¿Por qué dejas que éstos te engañen? Ten piedad de tu juventud. Mira: te llevaré a casa conmigo y te tendré siempre a mi lado. No te faltará nada durante toda la vida, con tal de que me hagas caso.”

»Pero el siervo dijo: “Guárdeme Dios de que tal cosa me pase, que aferrándome a esta vida pasajera perdiera la eterna. Sería una locura. No lo haré. Tu riqueza no nos puede ayudar ni a ti ni a mí. Espero recibir una vida mucho mejor que ésta, con tal de que persevere hasta el final. Entregaré mi espíritu a Dios y se lo encomendaré a Cristo. Que su amargo sufrimiento, que él aguantó en la cruz, no resulte haber sido en vano.”

»El espíritu de Dios inspiró al siervo para que hablara así. Porque aunque era mucho más joven que los otros hermanos, en cuanto a firmeza de resolución fue tan mayor como ellos. Así los siete confesaron con valentía y gozo a Dios y su verdad, aun hasta la muerte y el derramamiento de su sangre.

»Ese tal Martín, que ya hemos mencionado, cuando cruzaban el puente dijo: “Esta última vez los que confían en Dios son conducidos por este puente, pero ya nunca más”. Resultó ser cierto, porque poco después hubo una tormenta muy violenta y una inundación arremetió contra el puente y lo derribó; y se lo llevaron las aguas.»

Una generación después de estos martirios, en 1552, un tal **Adrián Corneliss** entregó su vida por Cristo en la ciudad holandesa de Leiden. En la cárcel escribió una oración y otros escritos para edificación de los hermanos. Quiero que observéis atentamente las muchísimas alusiones bíblicas y frases tomadas directamente de la Biblia. Es difícil imaginar que los inquisidores permitiesen a Adrián Corneliss tener una Biblia en la cárcel. Si fue capaz de citarla con tanta soltura, hay que suponer que es porque se había aprendido de memoria largos pasajes bíblicos, cosa bastante frecuente en el movimiento anabaptista. Las Biblias que se traducían a la lengua popular y publicaban en aquella época, por cierto, incluían algunos documentos que las iglesias evangélicas a la postre acabarían por considerar apócrifos, como 1 y 2 Macabeos, Tobías y Susana, que Adrián Corneliss cita junto con los demás libros de la Biblia.

Dice así, entonces, esta oración escrita en la cárcel poco antes de su martirio en 1552:

«Oh Señor de cielo y tierra, que has hecho todo de la nada, que me has dado estos miembros conforme a la imagen de tu Hijo, que espero ofrecerte ahora por amor a tu Nombre. Porque tú eres el Señor, ante quien toda rodilla se doblará en el cielo y en la tierra. Oye mi oración y sea acepto ante ti mi incienso. No apartes de mí tu gracia. Soy hombre de labios impuros; purifica mi boca para que con ella pueda alabarte. Inclina a mí tu oído y observa cómo [mis enemigos] caen sobre mí. Aunque es mejor para mí caer en mano de los hombres, que pecar ante ti. Porque tus ojos son como llamaradas de fuego y tu Palabra como espada de dos filos, que traspasa y divide entre alma y espíritu, entre coyunturas y tuétano, y tú eres quien discierne los pensamientos y la intención del corazón y no hay nada oculto a tus ojos. Pro tanto exclamo juntamente con David, tu amado profeta, que es mejor caer en manos de los hombres, que ante tu ira.

»O Señor, guíame desde la tierra de Harán, donde no tengo heredad donde poner pie, hasta la tierra prometida que ruego me des por la gracia, no por mis obras ni méritos. Líbrame, junto con Lot, de esta generación. Guárdame, Señor, de los dientes afilados de los

leones, que son muchos; de los dientes afilados de los lobos del anochecer, que no dejan ningún resto cuando amanece, cuyos pies se apresuran a derramar sangre inocente. Oh Señor, guárdame con Sadrac, Mesac y Abed-nego, que el fuego de blasfemia que sale de sus bocas no me haga daño. Oh Señor, sea oída mi oración con las de Tobías y Sara, escucha mi plegaria con la de Elías y acéptame como holocausto vivo, santo y agradable ante ti, para confundir a los profetas de Jezabel y que ya no puedan seducir a tu pueblo. Guárdame, Señor, con José, de la mujer perversa; porque prefiero ser despojado de mi ropa, es decir, de éste mi primer cuerpo. Porque leemos: “El que se une a una ramera es una sola carne con ella”. Guárdame, Señor, porque pongo a cielo y tierra por testigo, que muero inocentemente. Porque todo aquel que procura guardar su vida la perderá; y todo aquel que pierda su vida por tu causa —Señor— y del evangelio, la guardará. Por tanto clamo a ti con el anciano Eleazar: “Prefiero morir gloriosamente que vivir manchado de abominación”.

»Oh Señor, mira cómo la ira ardiente de la gran multitud se ha encendido contra nosotros y conseguirán apartar a algunos de entre nosotros, para alimentar a los ídolos con los indolentes. Pero tú, Señor, me guardas. Tú das a tu siervo pan en la hora de su necesidad, y agua cuando padece sed; y en el día de la tribulación, tú perdonas los pecados. Y tú has dicho a tu amado profeta, que aunque una madre pudiera olvidar al hijo que trajo a la luz, sin embargo tú no nos olvidarás. Porque escrito está en tu Palabra, Señor. Has hablado por tu amado apóstol Pablo: “Apartaos de esta perversa generación y no toquéis ninguna cosa inmunda. Entonces nos librarás y serás nuestro Padre y seremos tus hijos e hijas”.

»Nosotros ahora salimos fuera del campamento y ayudaremos a llevar tu escarnio. Enseñanos, Señor, a orar conforme a tu voluntad, para que oremos en espíritu y en verdad, para que podamos llamarte Padre con veracidad. Porque el hijo ha de honrar a su padre, y el siervo a su amo. Concédenos, por tanto, compartir de esa palabra que dice: “Estos son los que no han amado sus vidas sino que las han entregado a muerte”. Porque los que son muertos por los hombres tienen una esperanza mejor que aguardar de Dios, a saber, la resurrección. Porque tú primero pones a prueba a tus elegidos. Tú los purificas a fuego como oro en el crisol, y los recibes como holocausto. Señor, permite ahora que tu siervo vaya en paz. Padre santo, santifica a tu hijo. Permite que yo sea hallado digno ante tu manifestación. Guárdame, Padre santo, por amor de tu santo Nombre, amén.»

Lo que me deja sin palabras que añadir, pasmado de asombro reverente, es que esta manera de expresarse no es en absoluto sobresaliente sino perfectamente típica. Esta gente entregaba sus vidas en el altar de la persecución, con la firme convicción de que esas sus vidas eran sencillamente una continuación de la historia bíblica. Que nada había cambiado. Que el mismo Dios que obraba en los relatos bíblicos los había llamado y escogido a ellos, personalmente, para añadir el perfume del incienso de sus vidas al de las generaciones bíblicas. Y esto no les inspiraba ni temor ni desesperanza sino un gozo inefable y una honda paz que sus enemigos no conseguían arrebatarles.

Dejamos transcurrir otros veinte años —una generación más— y llegamos al testimonio de **Maeykens Wens**. Ella y varias otras hermanas fueron condenadas a la hoguera en Amberes, Bélgica, en 1573. Dice así el relato, que sólo reproduzco en parte:

«Una mujer piadosa llamada Maeykens Wens, era mujer del fiel ministro de la iglesia de Dios llamado Mateo Wens, de profesión albañil. En el mes de abril de 1573 ella y algunas

compañeras de la fe fueron arrestadas en Amberes, y encerradas en la cárcel más dura de la ciudad. Entonces los eclesiásticos la sometieron a mucho conflicto y tentación, intentando apartarla de la fe. Pero cuando de ninguna manera, ni siquiera con las torturas más severas, pudieron obligarla a apartarse de su fe, el día 5 de octubre de 1573 fue leída su sentencia. Ella y sus compañeras, que también se habían mantenido en la fe, serían quemadas públicamente como herejes hasta que no quedara más que las cenizas.»

[Esta sentencia se ejecutó el día siguiente.]

«El hijo mayor de Maeykens, llamado Adrián, tenía unos 15 años, y no pudo resistir el deseo de ver la ejecución. Tomó en brazos a su hermanito de tres años, llamado Juan, y se subió a un banco en la plaza, no lejos de donde estaban preparadas las estacas, para observar la muerte de su madre. Pero cuando la trajeron y la ataron a la estaca, Adrián se desmayó y cayó al suelo, donde permaneció inconsciente hasta que su madre y las demás ya habían arido. Después, cuando la gente se hubo marchado, habiendo recobrado el conocimiento, fue al lugar donde habían quemado a su madre y hurgó entre las cenizas. Encontró el tornillo con el que le habían sujetado la lengua y se lo quedó como recuerdo de su madre.»

[Era muy frecuente el recurso de sujetar la lengua de los mártires con una especie de gato a rosca. De lo contrario los mártires solían testificar, cantar y alabar a Dios, causando entre el pueblo una impresión contraria a los intereses de las autoridades.]

Dice así la última carta de Maeykens Wens a su hijo Adrián: «Oh mi querido hijo, aunque ahora aquí te sea quitada tu madre, esfuérzate desde tu juventud en el temor a Dios para que la puedas recibir otra vez arriba, en la Nueva Jerusalén, donde nunca más habrá separación. Mi querido hijo, espero ahora ir delante tuyo; sígueme así como que valoras tu propia alma, porque aparte de éste no hay otro camino a la salvación.

»Ahora te encomiendo al Señor, que te guarde. Confío en el Señor que él lo hará, si tú le buscas. Amaos unos a otros todos los días de vuestra vida; toma en brazos a Juanito por mí de vez en cuando. Y si vuestro padre también os es arrebatado, cuidaos unos a los otros. El Señor os guarde a todos. Mis queridos hijitos, daos unos a otros un beso por mí, para recordarme. Adiós mis queridos hijos, cada uno.

»Mi querido hijo, no temas este sufrimiento; no es nada en comparación con aquello que permanece para siempre. El Señor quita todo temor; yo no sabía qué hacer, fue tan inmenso el gozo que sentí cuando me sentenciaron. Por tanto no dejes de temer a Dios, por causa de esta muerte pasajera; no puedo expresar mi gratitud a Dios por la gracia que me ha mostrado. Adiós una vez más, mi querido hijo Adrián; siempre se bueno, te pido, con tu padre todos los días de tu vida, y no le des preocupaciones; esto os pido a todos, porque lo que pongo para el mayor va también para el menor. Ahora os encomiendo una vez más al Señor. He escrito esto después de oír mi sentencia a muerte por el testimonio de Jesucristo, el día 5 de octubre de 1573.»

## **Reflexiones finales sobre el martirio anabaptista**

El movimiento anabaptista recordó y sigue recordando a sus mártires.

El grueso tomo de los martirios de los anabaptistas no violentos, que entregaron su vidas por amor a Cristo, no intenta exagerar la virtud —el olor a santidad e incienso— de esas vidas. La impresión que nos deja es que eran gente normal, sencilla, piadosa pero sin exageración, con sus dificultades y luchas y lágrimas, aunque también su felicidad y consolación. Eran trabajadores, amas de casa, campesinos y artesanos; a veces siervos o esclavos. Gente mayoritariamente de condición humilde pero no necesariamente ignorante. Algunos, como hemos visto, sabían leer y escribir; aunque la mayoría probablemente eran analfabetos o sólo aprendieron a leer por su interés en conocer la Biblia.

En fin, eran como cualquier otro vecino de su pueblo, con una sola excepción: Que habían oído predicar el evangelio y que a partir de entonces el amor de Cristo ardía en sus corazones. Y sus vidas nunca hubieran sido recordadas salvo por una terrible circunstancia: Que en aquel siglo los obispos y príncipes cristianos —tanto católicos como protestantes— se dedicaron metódica y sanguinariamente a proteger el privilegio que la sociedad europea les reconocía como nobles y como representantes autorizados de Dios.

Porque en aquella era todo el mundo era cristiano. Pero no porque lo escogieran, sino porque mandaba serlo quien tenía poder para mandarlo. Un cristianismo voluntario —una santidad sin la debida autorización legal para ser santos— no podía ser admitida. Porque si alguien amaba a Cristo sencillamente porque escogía amarlo —no por obediencia a las autoridades— todo el orden y equilibrio de la sociedad cristiana se tambaleaba y corría peligro de derrumbarse. Podríamos considerar que aquellas fueron vidas trágicas, puesto que acabaron en torturas terribles y muerte violenta. Pero ellos mismos, como hemos oído en sus propias palabras, las consideraban vidas privilegiadas y victoriosas.

Deberíamos observar, también, que los perseguidores tenían razón acerca del desenlace final de permitir un amor a Cristo voluntario y una santidad voluntaria —en lugar del amor y la santidad impuestos como deber cívico. Cuando por fin durante el transcurso del siglo XX las iglesias estatales acabaron de perder su poder sobre la sociedad, se descubrió que lo que el mundo quiere y prefiere es ser paganos y pecadores redomados. Si el mundo puede elegir, elegirán el pecado y la corrupción antes que imitar la santidad y el amor de Cristo. Donde la Iglesia ya no impone su pensamiento y su conducta por la fuerza del gobierno, el resultado es una sociedad descreída y secularizada; corrupta, licenciosa y enemiga del cristianismo.

Sin embargo aquellos anabaptistas que aceptaron el martirio sin devolver mal por mal, nos testifican, a través de los siglos, que esto siempre ha sido así. Que el mundo siempre será pecador y las tinieblas siempre serán oscuras. Llamar a las tinieblas «luz» y al mundo «cristiandad», no cambia en absoluto la naturaleza ni del mundo ni de las tinieblas. Las autoridades cristianas eran autoridades, sí, pero por eso mismo no eran —**no podían ser**— cristianas. La sangre de aquellos mártires testifica que donde todo el mundo es cristiano, es muy difícil serlo **de verdad**. La sociedad organizada por autoridades que presumían de cristianas, adoraba a Cristo pero no seguía a Jesús. Pero los anabaptistas habían descubierto que adorar a Cristo sin seguir a Jesús es un disparate, un contrasentido, un horror —un error diabólico.

Y ellos se propusieron romper con el diablo y seguir a Jesús el Mesías.